Introspectiva de ninguna parte

JSMartín FLOR

Capítulo 1

introspectiva de ninguna parte
¿Como volar por encima de la noche y respirar fuera de ningún sitio? La ciudad esta poblada
por lugares fotografiados en el aislamiento y ningún sitio es cada vez lo mas apropiado para
abonarse al abandono. Alterno sueños de ida y vuelta en un desfile de brillos, cerraduras y
pelotitas de fuego de ninguna parte. Incumplo la cita inapelable con mi destino pero llego a
tiempo para el postrero apretón de manos. Para descaminar para atrás mirando hacia adelante.
Lo mejor que puedo hacer es esconderme de cualquier evasión corporal y encerrarme en el
espiral resplandeciente del amanecer que esta por llegar. En ningún sitio la fruta cambia de color
envuelta en papel periódico. Le arranco un pellizco a mi sistema nervioso al ver mi Obra Maestra
reflejada en los turbios charcos que se forman por las alcantarillas taponadas. Mi infancia interior
crece con ojos perspicaces concentrando toda su atención en un punto indeterminado del cielo,
volviendo comestible mi ternura, interrumpiendo con remolques de silencio mi ortografía. Las
nubes son figuras geométricas que perfeccionan sus profundidades multiplicando sus lados
al invertir sus puntos opuestos. Ahogarme en la repetición de mi propia música neutraliza mis
sentidos y abre una galería de luz entre un episodio de nubes y la flácida corteza del cielo. Un
olor a guayaba sale de las orejas de los niños y las niñas que son capaces de hacer un estudio
preciso de la morfología de las grietas que han bombardeado los parques en los últimos
ciento veinte años. Bogotá esta contaminada por muros, paredes y tapias traídos de ciudades
extranjeras; por alambres, asfalto sucio y tarros de basura ocultos en las maletas de paseantes
de ninguna parte. Las puertas y las escaleras sirven para soñar gratis y el que cae tiene altas
posibilidades de subir. En la altura imposible la pompa de jabón rebota contra el espejo.
Mi voz arropa la reticencia de la noche, arrugada en las fachadas de los comercios, delirante
en su conversación irremediable con la bruma. Los matorrales crean una retícula de luz y

resplandores que tensa el arco de mi fuerza interior. Aguanto el aire y cuento de 100 hasta 1. La
profundidad de mi cuerpo espesa su savia engrasando mi sonrisa. Mientras la noche vuelve
añicos a Bogotá yo transito por herencias y códigos genéticos. Los lugares que jamás visitaré
me toman de la mano empujándome por jardines de alelíes y girasoles. En sueños las calles
hablan con señas acerca de puertas y pasajes olvidados. Los parques duermen distorsionando
su presencia en diáfanos senderos, en macetas rotas, en andenes quebrados por las raíces de
los eucaliptos. En ningún sitio he olvidado aquella noche que nos separamos entre cañaverales
y montañas, mis ojos llenos de agua aun sostienen esas cejas que delineaste con tus dedos,
detrás de los edificios apagados la noche nunca termina de ocultar los brotes y retoños de
nuestra vida que sigue flotando en el aljibe de la dicha, el agua fresca limpió el barro de tu
cuerpo y calmó la sed de tus labios temblorosos.
Juego a saltar para abajo para caer lentamente hacia arriba. Juego a regresar por primera
vez. Luchar por desvivirme es saltar al vacío. Para completar las frases que hacen falta para
comprender el discurso de vida que se cuela por mis entrañas abrevio las palabras que se
acurrucan debajo de mi piel dorada. Palabras que se repiten desde puentes y obeliscos.
Palabras invisibles de la arritmia sublime que derrite los portales de mis papilas gustativas. Al
reír enrosco la lengua fuera de la boca mientras me lamo el mentón con el fin de enraizar el
bostezo cósmico que viene siendo la única guía sensible que poseo para irme mas allá de la
desobediencia social y el vértigo material. En ningún sitio me reúno con todas mis madres para
construir ventanas de arena en una playa negra, me platican acerca de selvas vírgenes, de
ermitaños que viven en fortalezas de hojas secas, de trágicas castidades mientras se cubren el
rostro con baba de caracol.
Mi fisionomía mal recortada ondula sobre un potrero de pedruscos hundiéndose en el resorte
de la transparencia. La asistencia cotidiana de silencio desnuda la extraña mueca sobre los
pliegues de mi frente, las mil formas del maltrato visual taponan mi garganta. Me duelen los

tímpanos al ceñirme unos pantalones que cada día me quedan mas apretados, siento comezón
en las pupilas al limpiar mis innecesarias gafas oscuras. Al comerme las uñas aumento la falta
de sensibilidad en mis dedos. Para convivir con los polos opuestos hay que falsificar un registro
de nacimiento con los datos de alguien que no haya nacido y desmoronarse en silbidos de
ala, desabotonarse el ojal de la boca y trisar y trisar con ganas estando lo mas alejado de los
puentes y las maquinas traga monedas. En ningún sitio se detienen los viajeros que pasmados
por el cansancio buscan en los bolsillos de las antenas y las torres de electricidad nidos de
palomas y canciones sonsas que arrullen su desvelo cuando las noches se vuelven luz, artículos
de revistas especializadas y publicidad del supermercado. Escuchó la prolongación de los
edificios de aluminio y acero arrastrar unos muros de hormigón que pesan demasiado. Me siento
irreemplazable y sé que alguien puede hacer todo lo que hago mucho mejor. Migajas de estupor
caen por el precipicio de mi espalda. Las arrugas y las bolsas alrededor de mis ojos delatan las
falencias de la eternidad de mi cuerpo. Para despedirme del mundo claudico en un derroche
de arboles donde despeño los mecanismos patológicos de mi carne por el barranco de mi
animalidad. Le prendo fuego a la hora oficial de mis debilidades cribando lo profundo de mi vida
□
en las imágenes repetidas de mi deseo que dan vueltas en el cielo como incorpóreas aves de
rapiña.
□